



ESSENCIA DE GALICIA

Por EUGENIO MONTES

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA)



A paduana prosa de Livio cuenta cómo los legionarios romanos, viniendo de Lusitania, al borde de la laguna Antela se pararon en seco. ¿Por qué los habituados a pisar firme las crujientes arenas del desierto temblaban así, como varas verdes, en nuestros valles húmedos? ¿Por qué quienes habían cruzado el Tigris empalidecían ante un riachuelo? Porque, tomando el Limia por el Lethero o «río del olvido», temían perder la memoria al pasarlo. Era el miedo al fin del mundo. Hombres y caballos, conjuntamente, al llegar al Océano, en el Finisterre, retrocedían con «religioso pavor». Eso fué en tiempo de Décimo Junio Bruto, a quien las tablas capitolinas llaman *Callaicus* por haber hecho de lejanía, compañía, integrando nuestras tierras últimas en el ecúmeno civil. Casi pisándole los talones, vino un hombre predestinado a dejar nombre y estela en la Historia: Julio César. Averiguando noticias sobre el estaño—el *wolfram* de entonces—y recogiendo ecos de remotas co-

municaciones atlánticas, en nuestras costas tuvo el primer impulso, la comezón que había de conducirlo a Inglaterra, y los soldados, empavorecidos, empapándose de humanidad en nuestras dulces «orvalladas» latitudes, percibieron todas las hermosuras del vínculo que une tierras y gentes.

No. No se perdía la memoria al cruzar la laguna Antela; no habitaba el olvido allende el Limia. Aquende habita. Galicia conserva el recuerdo del mundo. En cambio, el mundo pierde a veces el recuerdo de Galicia.

Con frecuencia, casi de un modo cíclico, se le desvanece a España la conciencia de que el Noroeste existe. Entonces, también cíclicamente, lo redescubre. Estos descubrimientos del Atlántico son como los descubrimientos del Mediterráneo: retornos. Pero retornos—*nostoi*—significaba en griego poemas, poesía.

En la Edad Media el mundo descubrió a España viniendo a Galicia, y sólo en función de camino. Los mapas alemanes la llaman a la Península: *Jacobslandem*: el país de Santiago. Aquel verso de la *Commedie* sobre el varón:

per cui laggiù si visita Galizia,

tendría que ser corregido, diciendo:

por quien allá España se visita...

Pero sea otro el osado corrector; que lo que es mis manos reverentes nunca incurrirán en el sacrilegio de enmendarle la plana a Dante. A mí me conmueve siempre aquella ma-

MV.

ñana en que Petrarca, sufriendo vagas nostalgias de no sabía qué, se encontró en el Puente de Avinón unos peregrinos con bordón y conchas.

—¿De dónde sois y a dónde vais?

—Vamos a Compostela y somos romanos. ¿No eres romano también tú?

—Nací en Arezzo, pero romano soy con toda mi alma.

Pero es más conmovedor todavía que, en las soledades de Tartaria, en el Pamir, techo del orbe, el franciscano Rubruquis se encontrase a un monje nestoriano que tenía en mente venir al fin a nuestro Finisterre. Peregrinación es la vida.

En Sant-Yago sendo eu albergado — en un-ha pousada chegaron romeus...

canta un poema del cancionero Vaticano. Todos cantaban a Compostela y en Compostela: «quién al son de cítaras, quién al de liras, quién al de tímpanos, quién al de trompetas, quién al de violas, quién al de ruedas británicas y galas, quién al de psalterios... No hay lenguas ni dialectos cuyas voces no resuenen allí. Las puertas de la basílica no se cierran ni de día ni de noche, y las tinieblas huyen del augusto recinto, que resplandece como el mediodía con la luz de lámparas y cirios», dice el Códice Calixtino. ¿Cuándo se volverá a cantar y temblar de esta suerte? Pues catolicismo es temblar los unos por los otros y cantar los unos la alegría de los otros.

Así, bajo cielos temblorosos y entre músicas—chirimías, cinceles—, surge la Catedral de Santiago, Partenón entre lluvia.

Y a su imagen y semejanza le nacen Pórticos de la Gloria a otras ciudades gallegas, como ese de Orense, donde se quedaron, desde el balcón de enfrente, los ojos de un niño que alguna vez me habla: el niño que yo fui un día.

Canto y encanto de nuestras piedras románicas, lloradas por tantos inviernos. Ellas guardan, retienen, entrañan en su corazón de granito, la humedad de las atmósferas, los cambiantes del tiempo. En Castilla, las piedras rechazan la temporalidad, temiendo que las devore. En Galicia, se empapan de siglos, sin temores.

Sin embargo, o por eso, Galicia se negó a los desvanecimientos góticos, el transporte ojival—con la sola excepción de Pontevedra—, quizá por presentir en ese estilo un anárquico y nervioso desgarramiento de la comunidad, una pérdida de memoria clásica, una fuga de lo católico. Piénsese que entre las siete colinas, allí donde está el Papa, apenas hay ningún goticismo. Y piénsese, después, en lo que eso significa y revela.

En el Renacimiento, España deja Galicia al margen, pero Galicia no se resigna a quedarse, así como así, sin eso que a luz renace y florece.

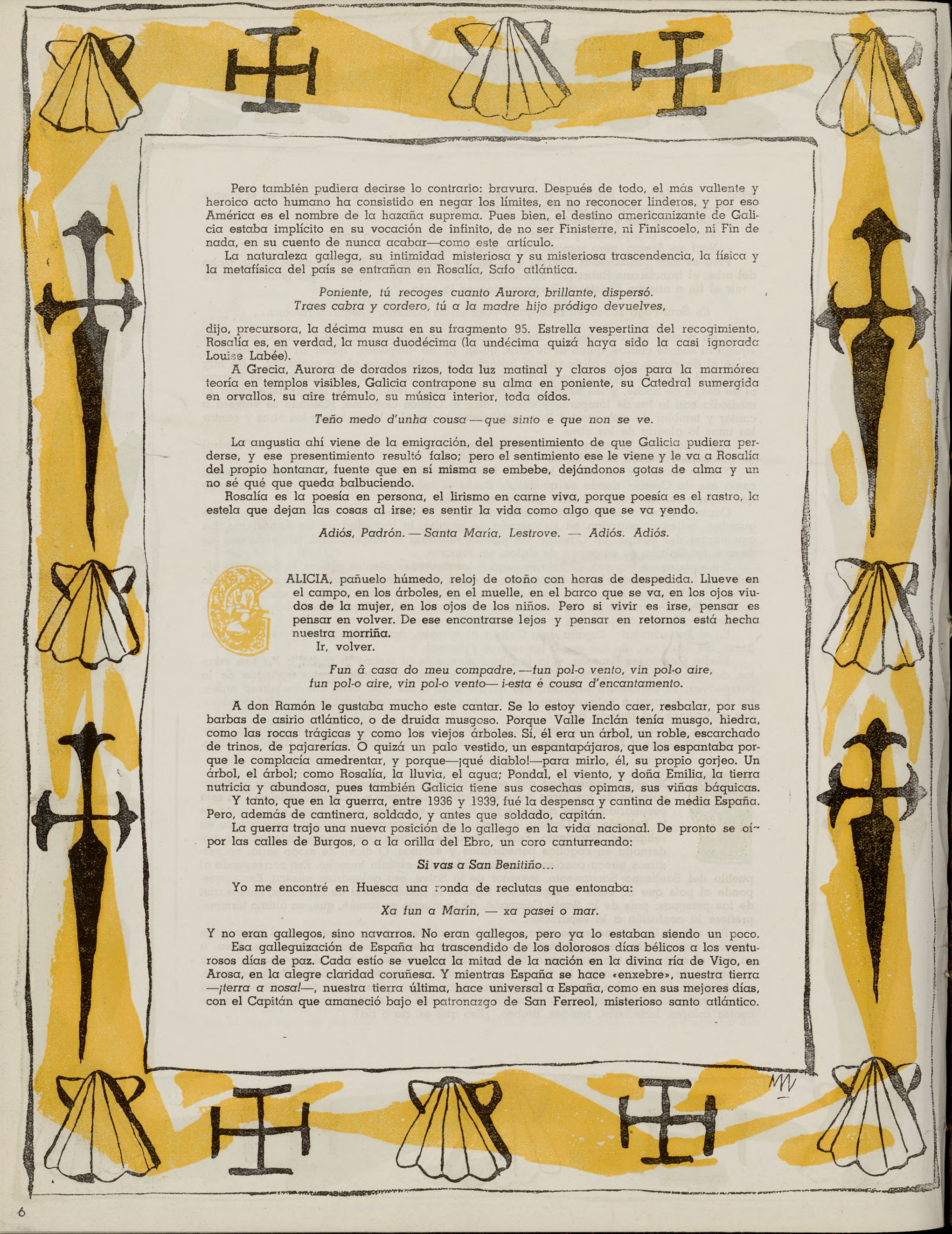
Media Galicia es Fonseca, y la familia Fonseca es al menos la mitad, o los tres cuartos, del Renacimiento español. ¿Y en dónde la claridad renacentista, el despliegue de la perspectiva, la hermosura espacial, ese abrirle paso a los ojos, tiene tan anchuroso orden, tan justa y jerárquica holgura, como en la gran plaza compostelana, frente a los ponderados volúmenes del palacio Rajoy?

Luego, el barroco, con las torres casi vegetales del Obradoiro. Entonces Galicia reencontra con Casas y Novoa el genio arquitectónico que la Edad románica diera a Mateo.

POR esa universalidad que se identifica a lo compostelano, el cosmopolitismo europeo de las luces tiene en Galicia hermosos y plateados reflejos. Con esta peculiaridad: que mientras por doquier el cultivo de la Razón era a costa de la Religión, en Galicia, el científicismo racionalista encarnó precisamente en religiosos: Sarmiento, Feijóo. Nosotros tuvimos, pues, una enciclopedia encuadrada en cogullas benedictinas y sotanas. O dicho de modo serio: no perdimos nunca conciencia de la unidad del espíritu humano. Eso corresponde al pueblo del Santísimo Sacramento, inventor de la Salve, esa golondrina mística. Eso corresponde al país que no sufre la separación tajante, la insolidaridad de las cosas, menos aún de las personas; país de la Santa Compañía, de la muerte en común, que, en último término, prefiere la confusión a la separación.

Por eso en Galicia no suele saberse dónde concluye la tierra y comienza el agua, pues las rías entremezclan esos elementos; son mar que quiere adentrarse, enterrarse. Pero, a su vez, el suelo está tan empapado, tan húmedo, que resulta dudoso si llovizna de arriba a abajo o de abajo a arriba. La tierra tiene anhelos de empaparse, transirse de cielos; éstos, por su parte, bajan a los montes y los palpan como ciegos—con manos de bruma—, y hasta con los valles intiman, mientras los arcos iris saltan sobre los arroyos con sus siete evanescentes colores. Indecisión, timidez, titubeo. ¿Eso qué es, río o ría?

MM



Pero también pudiera decirse lo contrario: bravura. Después de todo, el más valiente y heroico acto humano ha consistido en negar los límites, en no reconocer linderos, y por eso América es el nombre de la hazaña suprema. Pues bien, el destino americanizante de Galicia estaba implícito en su vocación de infinito, de no ser Finisterre, ni Finiscoelo, ni Fin de nada, en su cuento de nunca acabar—como este artículo.

La naturaleza gallega, su intimidad misteriosa y su misteriosa trascendencia, la física y la metafísica del país se entranan en Rosalía, Safo atlántica.

*Poniente, tú recoges cuanto Aurora, brillante, dispersó.
Traes cabra y cordero, tú a la madre hijo pródigo devuelves,*

dijo, precursora, la décima musa en su fragmento 95. Estrella vespertina del recogimiento, Rosalía es, en verdad, la musa duodécima (la undécima quizá haya sido la casi ignorada Louise Labée).

A Grecia, Aurora de dorados rizos, toda luz matinal y claros ojos para la marmórea teoría en templos visibles, Galicia contrapone su alma en poniente, su Catedral sumergida en orvallos, su aire trémulo, su música interior, toda oídos.

Teño medo d'unha cousa —que sinto e que non se ve.

La angustia ahí viene de la emigración, del presentimiento de que Galicia pudiera perderse, y ese presentimiento resultó falso; pero el sentimiento ese le viene y le va a Rosalía del propio hontanar, fuente que en sí misma se embebe, dejándonos gotas de alma y un no sé qué que queda balbuciendo.

Rosalía es la poesía en persona, el lirismo en carne viva, porque poesía es el rastro, la estela que dejan las cosas al irse; es sentir la vida como algo que se va yendo.

Adiós, Padrón. — Santa María, Lestrove. — Adiós. Adiós.



ALICIA, pañuelo húmedo, reloj de otoño con horas de despedida. Llueve en el campo, en los árboles, en el muelle, en el barco que se va, en los ojos viudos de la mujer, en los ojos de los niños. Pero si vivir es irse, pensar es pensar en volver. De ese encontrarse lejos y pensar en retornos está hecha nuestra morriña.

Ir, volver.

*Fun â casa do meu compadre, —fun pol-o vento, vin pol-o aire,
fun pol-o aire, vin pol-o vento— i-esta é cousa d'encantamento.*

A don Ramón le gustaba mucho este cantar. Se lo estoy viendo caer, resbalar, por sus barbas de asirio atlántico, o de druida musgoso. Porque Valle Inclán tenía musgo, hiedra, como las rocas trágicas y como los viejos árboles. Sí, él era un árbol, un roble, escarchado de trinos, de pajarerías. O quizá un palo vestido, un espantapájaros, que los espantaba porque le complacía amedrentar, y porque—¡qué diablo!—para mirlo, él, su propio gorjeo. Un árbol, el árbol; como Rosalía, la lluvia, el agua; Pondal, el viento, y doña Emilia, la tierra nutricia y abundosa, pues también Galicia tiene sus cosechas opimas, sus viñas báquicas.

Y tanto, que en la guerra, entre 1936 y 1939, fué la despensa y cantina de media España. Pero, además de cantinera, soldado, y antes que soldado, capitán.

La guerra trajo una nueva posición de lo gallego en la vida nacional. De pronto se oír por las calles de Burgos, o a la orilla del Ebro, un coro canturreando:

Si vas a San Benitiño...

Yo me encontré en Huesca una ronda de reclutas que entonaba:

Xa fun a Marín, — xa pasei o mar.

Y no eran gallegos, sino navarros. No eran gallegos, pero ya lo estaban siendo un poco.

Esa galleguización de España ha trascendido de los dolorosos días bélicos a los venturosos días de paz. Cada estío se vuelca la mitad de la nación en la divina ría de Vigo, en Arosa, en la alegre claridad coruñesa. Y mientras España se hace «enxebre», nuestra tierra —*terra a nosa!*—, nuestra tierra última, hace universal a España, como en sus mejores días, con el Capitán que amaneció bajo el patronazgo de San Ferreol, misterioso santo atlántico.